

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 162 – 30 de agosto de 2016

En este número

- 1. A manera de fiestas patronales, Emilio Álvarez Frías
- 2. Urgencia de un gobierno nacional, Manuel Parra Celaya
- 3. Stanley George Payne, José Mª García de Tuñón Aza
- 4. Exámenes de septiembre, José Mª Carrascal
- 5. La gran matanza de perdices, Jesús Flores Thies
- 6. Universidades muy precarias, Lluis Foix
- 7. Rafael Alberti, el torturador, Javier Giral

A manera de fiestas patronales

Emilio Álvarez Frías

la altura que nos encontramos de unas elecciones que debieron haber tenido buen fin el 20 de diciembre de 2015, cabe hacer infinidad de reflexiones sobre qué sucede en el panorama político español, qué interés tienen los que adquieren el rango de políticos -porque nos oponemos a que ésta sea una profesión como parece ser la intención de cuantos son elegidos o se promocionan para ello desde la célebre Transición- por ejercer el poder desde el gobierno, los partidos políticos, a través del Parlamento o de cualquier otra institución del Estado.

La feria que tuvo principio en España el 20D es insoportable, bochornosa y tiene el aspecto de tomadura del pelo a los electores que somos todos los españoles. Como en las fiestas patronales de cualquier pueblo español, los partidos políticos, los grupos de presión, los interesados en por dónde han de ir los resultados, montan su caseta en la cual se reúnen para hablar de sus cosas,

cantar las canciones de su repertorio, valerse de los «tocaores» para ponerle música al solaz, pero sin que se atisbe ánimo por parte de los participantes para conseguir se apaguen las luminarias y cada cual vuelva a su rincón a enfrentarse con el trabajo de cada día.

No tienen prisa. No se ponen de acuerdo. Cada cuál planta cara pidiendo se haga lo que a él le interesa o se le ha ocurrido la noche anterior. No les preocupa el bien general. No les interesa el interés de España. Les importa una higa el beneficio de los españoles si no es como ellos les quieren imponer.



Nadie quiere llegar a la tercera convocatoria de

elecciones, pero nadie renuncia a una parte de sus postulados para conseguir un acuerdo. Es más, en un momento en el que ya casi cualquier acuerdo debiera valer para conseguir nombrar

un Ejecutivo que deshaga el nudo en e que andan las cosas del pía, unos y otros echan arena a las ruedas de las propuestas para forzar al opuesto a que se doblegue e hinque de rodillas, cuando los acuerdos que se tomen y los convenios que se firmen han de ser circunstanciales pues todos esos temas tendrán que ser debatidos en su momento en el Parlamento y aprobados por la Cámara y el Senado para que tengan valor.

Lo que hay planteado es un problema de soberbia, de ambiciones, de intereses. Y de carencia de



Poder. Si bien, como reza la Constitución, el poder está en el pueblo, es difícil echar mano de él para encarrilar los asuntos que, por culpa de unos y otros, se descarrían; es prácticamente imposible su ejercicio para estabilizar las desavenencias irracionales entre quienes aspiran a ocupar los cargos del Estado. En estos casos habrá que echar mano de procedimientos excepcionales, porque haberlos los hay, ya que existe la posibilidad del ejercicio de mediación para equilibrar esas desavenencias. Sin duda es llegada la hora de que se ejerza esa facultad o prerrogativa. Dejarla para más tarde es seguir perdiendo el tiempo, continuar desprestigiando la nación, y dar bazas para que el país vaya a la debacle.

Y buscar la forma de que, en lugar de aprendices ambiciosos, soberbios engreídos, inútiles de profesión, el pueblo español, que ejerce la soberanía, encuentre mentes preclaras que sepan encaminar los destinos de España, hombres honrados que la administren

concienzudamente, y buenos vasallos que entiendan el camino marcado por el buen señor.

Para empezar labor tan ardua como nos espera, nada mejor que proveernos de un botijo de Tito, en prestigioso alfarero de Úbeda, que desde su taller mágico, con encanto, ha sabido extender su cerámica por todo el mundo.

Urgencia de un gobierno nacional

Manuel Parra Celaya

na lectura simple de este título encerraría una obviedad y ese lugar común que suele aparecer en editoriales y colaboraciones de todos los periódicos, en políticos conscientes y en esa buena parte del pueblo español dotada de responsabilidad colectiva. Sin embargo, quisiera poner el énfasis en el último término, nacional, en este caso como antónimo de partidista.

Ya sabemos que en una democracia como la que dicen que disfrutamos las urnas deciden cuál es la fuerza más votada y la que, numéricamente hablando, puede sobrepasar a sus rivales para formar gobierno; según esa lógica, esa pseudometafísica voluntad general será la que impondrá sus preferencias, respaldadas por las papeletas de voto e interpretadas como razones de peso asumidas por la mayoría.

En una situación de normalidad, sería interesante una reflexión profunda sobre este procedimiento y sus fundamentos metapolíticos; pero se dice que



lo ideal es enemigo de la bueno y, en ocasiones, contrapuesto a lo posible. Por lo tanto, mejor será dejar esa reflexión para otro momento y centrarnos en la pregunta de si, en España,

estamos viviendo realmente esa situación de normalidad, al modo de otras naciones de nuestro entorno europeo.

Uno se responde con una rotunda negativa; en esas naciones, no se cuestiona a diario ni la integridad nacional ni la propia existencia histórica como nación. Aquí sí. En esas naciones no hay amplios sectores de población en rebeldía, no ya contra un gobierno o un sistema, sino contra el concepto de su patria. Aquí sí. En esas naciones existen problemas, no un *problema nacional*, mientras que aquí sigue con virulencia creciente ese *problema de España*, que arrastramos del pasado y constituye una grave amenaza en el presente para imposibilitar un futuro.

No nos basta, pues, que se forme un gobierno que adopte las medidas adecuadas en lo económico, que elabore unos presupuestos con perspectiva social, que presente al legislativo leyes de educación o reformas de la sanidad. Hace falta un gobierno que, asumiendo su papel decisivo, haga frente a los evidentes riesgos de desmembración de España, que encare la necesidad de *nacionalizar a España*.

Hasta ahora, ni los gobiernos de izquierdas ni los de derechas, que se han ido turnando en esta Segunda Restauración, han sido conscientes del *problema*, aunque hayan actuado -bien o malfrente a *los problemas*; antes bien, podría calificárseles de pusilánimes, de contemporizadores o, incluso, de cómplices en algunos casos, ante la constante amenaza del secesionismo. Da la

impresión de que el tono de su respuesta no corresponde siquiera con la conllevancia sino con la del entreguismo sin condiciones; las tibias reacciones, siempre en línea estrictamente jurídica, no han tenido más efecto que la agudización del mal.

Es preciso, pues, que un futuro gobierno pueda calificarse de *nacional*; que, más que obedecer a criterios *de parte*, sea capaz de superar dicotomías y estereotipos, presupuestos ideológicos, clisés establecidos y asignados



previamente; sea capaz de garantizar la continuidad de España como sujeto histórico íntegro. Y ello, a riesgo de su popularidad.

¿Es imposible? Acaso sea difícil... Cualquier observador sincero puede advertir la existencia de voces sensatas, de gentes preparadas en la derecha y en la izquierda o en ninguna de las dos, con el común denominador de tener un *sentido nacional*. El aparato de los partidos intenta silenciarlas o reducirlas a la anécdota personal; pero lo cierto es que, por encima de las disciplinas de voto y de partido, existe una inquietud por el ser de España, coincidente con ese amplio sector de ciudadanos con responsabilidad colectiva que mencionábamos. Es decir, acaso sigue existiendo una minoría –políticos, pensadores y población– que piensa en España y puede trabajar por ella; como siempre ha ocurrido en todos los tiempos, esta minoría debe imponerse a las masas irresponsables o indiferentes, aunque estas interpreten que están siendo traicionadas.

Stanley George Payne

José Mª García de Tuñón Aza

Este conocido hispanista, catedrático emérito de Historia en la Universidad de Wisconsin Madison (USA), donde preside la cátedra Hilldale-Jaune Vicens Vives, historiador español.

Payne pertenece a la Real Academia Española de la Historia y es Doctor en Historia por la Universidad de Columbia (Nueva York). En el año 2009 fue condecorado en España con la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica.

Nacido en Denton, Texas, el 9 de septiembre de 1934, es asimismo autor de varios libros y artículos sobre la historia contemporánea de España, entre ellos *Falange. Historia del fascismo español*, editado en París en 1965 y en España por SARPE en el año 1985 y otra más al año siguiente. Este historiador siempre se sintió atraído por España donde vino por vez primera en 1957 para realizar la tesis doctoral sobre Falange y su fundador José Antonio Primo de Rivera, que más tarde publicaría con el título citado. En su prefacio quiere expresar el reconocimiento de su gratitud a Dionisio Ridruejo y a Manuel Hedilla «sin cuya ayuda no hubiera podido escribirse este libro».

Payne se encuentra en Asturias donde dio una conferencia en La Granda (Avilés) el pasado día 23 y a la que me he referido en un número anterior de la *Gaceta*. Con motivo de su paso por el Principado, el diario *La Nueva España*, cuya cabecera un día ya lejano perteneció a Falange Española de las JONS, le hizo una entrevista. Cuando el periodista le manifiesta que no le parece estar muy de acuerdo con la Ley de Memoria Histórica, el hispanista contesta:

En los sistemas democráticos los gobiernos no pueden manipular la historia es sovietismo. Eso es lo que hizo el presidente Zapatero. Las palabras de esta ley fueron cambiadas respecto a las intenciones originales. La ley pretende defender la democracia. No, no, no. En la Guerra Civil no se defendía la democracia. Quieren imponer una interpretación política de los hechos históricos.

Efectivamente, lo que ha pretendido Zapatero y toda la izquierda es remover la historia. Retiran del callejero los nombres de los golpistas del 36 y no retiran, más bien todo lo contrario, los nombres de los golpistas del 34 que se levantaron contra el gobierno establecido reivindicando la dictadura del proletariado. La memoria y la historia son cosas diferentes. La Memoria Histórica es un concepto falso y confuso porque relacionar memoria con historia es un concepto inadmisible. La memoria es una idea psicológica individual. Ningún individuo que no haya



vivido aquellos años puede reivindicar la Memoria Histórica porque era inexistente en ese tiempo. Muchos que exigen esa Memoria solo conocen la historia por los libros que leyeron, pero eso no es Memoria Histórica. Así opinaba un día el filósofo Gustavo Bueno que acaba de morir, sin que la izquierda asturiana fuera capaz de depositar encima de la caja, que contenía los restos este hombre, el Sócrates asturiano, escribió amando de Miguel, una sola flor. Sólo intentan, con esa ley, ganar una guerra, que han perdido, hace 80 años.

No estoy de acuerdo con Payne cuando dice resistirse a creer que la Revolución de

Asturias, que tantos muertos causó, fuera la causante de lo que vino más tarde. Marañón, Ortega y Pío Baroja, por ejemplo, aceptan que la guerra no empezó propiamente en 1936 sino en la Revolución de Asturias, lo dice en *La resistencia silenciosa* Jordi Gracia que ha dedicado varios libros a la historia intelectual de España en el siglo XX. Además, como catedrático de literatura española en la Universidad de Barcelona, ejerce la crítica literaria y social en diversos periódicos. Más recientemente, según ha recogido también la *Gaceta* en otro número, Sánchez Dragó llega más atrás y dice que la Guerra Civil española, dio comienzo el 14 de abril de 1931. Lo cierto es que no anda muy extraviado. No olvidemos la quema de conventos cuando la Republica, esa idílica República de la que tanto nos hablan algunos, llevaba poco más de quince días instalada en el Poder. Después vino todo lo demás, pero esa es otra historia.

José María Carrascal

l último rumor en los círculos políticos dice que el PSOE está dispuesto a permitir la investidura de Rajoy. Pero sólo en el segundo intento, tras hacerle perder el primero. Lo que significaría dejarla para después de las elecciones gallegas y vascas.

Una especie de premio de consolación de perdedores: ya que no podemos evitar que siga gobernando, permítasenos al menos zurrarle de lo lindo en el primer intento. Dando la vuelta al más macabro ejemplo del cainismo español: «Acepto que me quiten un ojo si a mi enemigo le quitan los dos», convertido en «acepto quedarme ciego si a mi enemigo le dejan tuerto». ¿Habrase visto mayor estupidez?

Que ello signifique perder otro mes, poniendo en peligro la confección de los próximos presupuestos, por no hablar ya de aprobarlos y lograr el visto bueno de Bruselas, parece importar poco a quienes ven la política como un duelo personal a primera sangre. Y quieren ver correr la de Rajoy.

No sólo sus rivales ideológicos, sino todos aquellos que, por una razón u otra, le han jurado odio eterno. ¿Cuántas veces han predicho en periódicos, radios, televisiones, Congreso, que «está acabado», que «le quedan cinco telediarios», que «es un símbolo de otra época»? ¿Decenas de



veces?

Centenares más bien. Para terminar viendo que ahí sigue, con más apoyo que nadie entre la población. Es lo que les sulfura. Un español aguanta cualquier cosa menos hacer el ridículo.

Es por lo que no me atrevo a predecir qué va a pasar. Personalmente, hubiese preferido que, tras las segundas elecciones, Rajoy se hubiese presentado a la investidura a pecho descubierto con sus 137 escaños detrás, para exponer al Congreso y a los españoles su programa de gobierno, que no es otro que el

que ha venido desarrollando durante los últimos años.

De aceptárselo, adelante. De rechazárselo, en menudo lío se metían quienes lo impidieran. Pues si Rajoy tiene problemas para gobernar, no les digo nada sus enemigos. Ese «gobierno de progreso» del que tanto se habla iba a ser la casa de tócame Roque o cómo te llames, con el PSOE partido por la mitad, Podemos convertido en jaula de grillos, Ciudadanos en tierra de nadie y unos nacionalistas pidiendo la secesión sin ser capaces de llevar su autonomía.

Lo único que les une es el afán de echar a Rajoy. Pero en el momento que Rajoy desapareciese, ¿cómo iban a gobernar ellos? A palos, como ya medio andan.

«Cuando las cosas se ponen realmente mal, lo mejor es que se estropeen del todo», reza el dicho inglés. Pero Rajoy, hombre cauteloso, ha preferido ensayar una salida de compromiso. Para encontrarse casi en la misma situación que estaba. Ese «casi» es lo que me impide aventurar un pronóstico.

Me refiero a que el pueblo español, tan temperamental él, cuando las cosas se ponen realmente mal, es más sensato de lo que se supone. Desde luego, mucho más que sus políticos.

Tomado de *Periodista Digital*

Jesús Flores Thies

os políticos actuales, todos, sin excepción, cometen un gran pecado ecológico matando perdices por el cruel procedimiento de marearlas con sus inacabables discusiones, y ya llevan varias docenas mareadas, liquidadas; pero tienen reservas para rato.

Si preguntaran al sufrido ciudadano cuál es el problema que impide la formación de gobierno, dirá que una buena parte de la «clase política» es miserable, y que da igual unos que otros, que no hay solución... Pero como, gracias a los «Medios», está el sufrido paga-impuestos muy mal documentado, pocos dirán que la auténtica causa de no tener gobierno desde hace meses es porque este sistema político, que al parecer nos hemos dado creyendo que era democrático, no es un estado de derecho.

Parece duro, pero es muy fácil de entender, ya que hasta el más iletrado sabe (¡nos lo han dicho

tantas veces!) que en un Estado de Derecho los tres Poderes, el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, han de ser independientes. Sin embargo, todos vemos que actualmente en España, si no hay Gobierno, es porque éste, el Ejecutivo, no puede dominar en las Cortes (poder Legislativo), lo que le es absolutamente necesario para gobernar.



Y ya se sabe cómo los partidos más poderosos son los que nombran a los representantes del Poder Judicial. En definitiva, no estamos en un Estado de Derecho.

Esta es la realidad, no hay otra. Pero no hay ningún partido, prensa o personaje que lo diga públicamente. Podemos repasar la prensa desde el principio de esta situación y comprobaremos que nunca, ni por error, nadie dice la razón que es, por otra parte, irrefutable, comprensible y aplastantemente lógica.

Alguien nos dirá que habría que cambiar las leyes, los reglamentos y las normas constitucionales para que esta situación absurda que impide la formación de un Gobierno acabe de una vez, y nos preguntarán qué creemos que habría que hacer. Es indudable que si en varios meses no han sido capaces de encontrar la fórmula necesaria para acabar con esta situación, en los pocos segundos que tardamos en escribir unas líneas no vamos a dar con la solución. Ésta es compleja, y teniendo en cuenta que nuestra solución pasaría por suprimir la Democracia Inorgánica, nos la reservamos para las charlas con los amigos. Así que trabajen, mediten..., y de forma lógica y posible solucionen el problema que, al parecer, no lo es en otros países de nuestro entorno.

Son muchas las perdices que quedan aún por marear, así que, paciencia...

Universidades muy precarias

Lluis Foix

esde el año 2003 se publica anualmente la valoración de las primeras quinientas universidades del mundo, elaborada por la Universidad Jao Tong de Shanghai. No es una clasificación infalible ni tampoco perpetua. Varía de año en año, pero las diez primeras son siempre norteamericanas con la inclusión de Cambridge y Oxford ocasionalmente. La valoración

incluye seis indicadores objetivos entre los que se cuentan los premios Nobel, el número de alumnos y profesores, publicaciones en el ámbito académico internacional...

Este mes de agosto, en pleno suspense sobre cuándo sería el debate de investidura, preocupados por si habría o no terceras elecciones en un año, ha salido el informe correspondiente al 2015. La Universitat de Barcelona se encuentra entre las primeras doscientas, lo que ha sido señalado con satisfacción por los medios catalanes. La versión más divulgada es que no había ninguna entre las primeras ciento cincuenta y que después de la UB venían la Autònoma de Barcelona, la Autónoma de Madrid, la Complutense, la Pompeu Fabra, la Politécnica de Valencia, Granada... Trece en total entre las mejores 500 universidades del mundo. Precariedad total.

El nivel académico español no juega en la primera división del conocimiento y divulgación del saber en el mundo globalizado. La escasa presencia de universidades españolas entre las mejores del mundo no parece preocupar a nadie. Y menos a los políticos que se preparan para hacer posible una investidura por los pelos y a gobernar con una precariedad política que convertirá esta o la siguiente legislatura en un campo de batalla ideológico y de intereses partidarios.

Se intenta gobernar en contra. En el Homenot de Prat de la Riba de Josep Pla, lo recordaba Marc Arza en un tuit reciente, Prat tenía la noción de los estadistas europeos y no la de los gobernantes españoles. En España, apuntaba Pla, un gobernante no es otra cosa que un opositor momentáneamente triunfante que aplica y realiza sus ideas de oposición. Esto explica por qué en España no se gobierna nunca a favor de algo, sino siempre en contra de algo... Se aprecia siempre más una mentalidad destructiva que constructiva.

Esta intransigencia, esta mentalidad de oposición entre los que gobiernan también, se ha puesto de relieve en las siete reformas educativas desde la transición. Esto no puede ser. Esto es una barbaridad, una falta de visión, un tomarse la política como si fuera la finca particular de un



partido, de un líder o de una idea. Cada vez que gobierna la derecha hace tabla rasa de la ley educativa de la izquierda y cuando entran los socialistas barren los vestigios de las reformas conservadoras. El ministro Wert fue fiel a esa desdichada tradición y ahora se pretende aplicar su ley educativa mientras él disfruta de un retiro dorado en un cargo público y bien retribuido en París.

Los alemanes criticaron tanto los éxitos de Bismarck, el que consiguió la unidad del país en 1870, que acabaron echándole del poder con la aquiescencia del frívolo káiser Guillermo. Pero un legado muy significativo fue el haber instituido un bachillerato cuyas líneas fundamentales todavía perduran en la Alemania de hoy.

El país está más instruido y mejor educado que hace cincuenta años. Es cierto. Y son muchos los jóvenes y no tan jóvenes españoles que se encuentran estudiando y trabajando en las primeras universidades de la lista de Shanghai. Pero la insensibilidad de todos los gobiernos, de la política española en general, para conseguir una universidad de primera división es alarmante y muy perjudicial para todos.

José Antonio Marina, filósofo y pedagogo reconocido, ha escrito hace poco que una de las prioridades de la próxima legislatura tendría que ser la aprobación de un pacto educativo que se mantuviera vigente más de una generación.

El país no será mejor o peor en función de los gobiernos cambiantes que se avecinan. Será un país de calidad, competitivo respecto al mundo del saber, si mejoran las escuelas y se convierten

las universidades en centros de investigación, de trabajo serio y de apertura intelectual para que los docentes sean los mejores. Visto desde fuera y con todas las salvedades posibles, nuestras universidades tienen que dejar de ser feudos endógenos y abrirse al mundo con el salvoconducto obligatorio del inglés, la lengua franca de hoy.

No pido, por imposible supongo, la aparición de una Institución Libre de Enseñanza presidida por primera vez por Laureano Figuerola bajo el impulso de Francisco Giner de los Ríos. Tampoco bajar el nivel de exigencia para que todos obtengan una licenciatura. La universidad exige más presupuesto y más rigor y profesionalidad para estar, por lo menos, entre las cien mejores del mundo. No hay inversión mejor. Los chinos ya lo han entendido.

Tomado de *Diario Exterior*

Rafael Alberti, el torturador

Javier Giral

edad. Le habían diagnosticado un cáncer terminal y estaba a punto de publicar las memorias de su dilatada vida como agente secreto del Vaticano y del Mossad. Al referirse a Alberti dijo: «Metía a los prisioneros en cabinas de teléfonos con las paredes electrificadas con alta tensión».

Unas declaraciones que no nos extrañan, pues van en la línea de lo que se ha venido sabiendo de Rafael Alberti en los últimos años sobre su papel en la Guerra Civil Española. Basta recordar que este poeta fue Secretario político de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, cuyo trabajo fue más allá del «ámbito cívico-cultural» y de las labores de propaganda, como afirmaba el poeta comunista que siempre militó en el PCE, sino que más bien se ocupó personalmente de la represión de muchos intelectuales que no habían cometido ningún delito salvo el no simpatizar con la revolución del Frente Popular.

La llamada Alianza de Intelectuales Antifascistas en agosto de 1936 dio paso al Comité de

Depuración formado por Maroto, Luengo, Abril y el propio Rafael Alberti, cuya labor era «depurar» a todos los personajes del mundo de la cultura que considerase aquel comité sanguinario, basta recordar que consideraban «fascistas» a todos los que no fueran izquierdistas. Para saber cómo actuaban los defensores de la «cultura, la libertad y la democracia» de estos Comités de depuración basta leer la carta que el profesor Manuel García Morente publicó en París el 23 de octubre de 1936 después de escapar de Madrid:

A poco supe confidencialmente que se había constituido una comisión de depuración (tal



era la palabra usada) al profesorado de Universidad. Esa comisión propuso la cesantía de varios catedráticos de la Facultad de Filosofía y Letras. La lista iba encabezada con mi nombre. Los comisionados consideraban urgente el sacrificio de mi persona. En virtud de la comisión llamada depuradora, mi nombre iba a ser publicado como cesante y mi persona entregada a las ruines pasiones de los asesinos; hube de pensar en la necesidad de abandonar Madrid.

Este poeta, Rafael Alberti, tan venerado por los gili-progres de la «desmemoria histérica», tuvo una columna en el periódico *ABC* incautado por el Frente Popular, que se llamaba nada más explícito que «A paseo», con lo que en la España revolucionaria significaba, en ella se indicaba los intelectuales que habían de ser apartados y asesinados.

Más sentido fue el testimonio de Alfonso Ussía, ante el silencio pasmoso del rebaño de la actual inquisición artística sobre las declaraciones respecto a Rafael Alberti del religioso-espía, Antonio Hortelano. Ussía contó como el poeta gaditano no movió ni un dedo para sacar de la cheka y salvar la vida a su abuelo, el intelectual Pedro Muñoz Seca, a pesar de los constantes requerimientos de su hermano, Vicente Alberti, y que tenía amistad con los Muñoz Seca.

Para rematar este artículo veamos el «espíritu democrático» de Alberti leyendo unos versos dedicados al genocida Stalin, que como todo el mundo sabe era otro demócrata de toda la vida, además de un defensor de las libertades y del género humano. Dice así:

José Stalin ha muerto
Padre y maestro y camarada
Quiero llorar, quiero cantar
Que el agua clara me ilumine
Que tu alma clara me ilumine
En esta noche que te vas.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.